

OFELIA DESVARÍA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 42

OFELIA DESVARÍA

por

Raúl Dorra



*F*ICTICIA

MÉXICO

2013

OFELIA DESVARÍA

D.R. © Raúl Dorra

D.R. © Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Puebla

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Segunda edición: agosto 2013

Primera edición: Alción Editora, 1999 (Córdoba, Argentina)

POR FICTICIA EDITORIAL

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño del libro: Armando Hatzacorsian

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

POR EL GOBIERNO DEL ESTADO DE PUEBLA

Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Puebla

Rafael Moreno Valle Rosas

Gobernador Constitucional del Estado de Puebla

Presidente del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Puebla

Luis Maldonado Venegas

Secretario General de Gobierno del Estado de Puebla

Jorge Alberto Lozoya

Secretario de Educación del Estado de Puebla

Moisés Rosas Silva

Secretario Ejecutivo del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Puebla

Jaime Mesa Castelán

Responsable del área de Ediciones del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Puebla

3 Oriente 209, Centro Histórico, Puebla, Puebla. CP. 72000

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-031-5

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

OFELIA DESVARÍA 9

NÃO TEM SOLUÇÃO..... 11

LA CASA 27

DONDE AMÁBAMOS TANTO..... 65

OFELIA DESVARÍA

Toco tu cuerpo, amor, en las ondas asciendo con mi cuerpo debajo de tu cuerpo, en este lento río donde miro, hacia arriba, la hondura de tus ojos que me miran, toco tu cara, amor, toco ahora tu cara, te dibujo la boca, la curva de los ojos con mis dedos, crece tu cuerpo, sí, viajan las yemas, derivamos desnudos hacia áreas más sensibles, hay cosas que se abren y que pierden lentamente su nombre, hay un agua secreta subiendo a los salones como para un naufragio, flotamos en lo hondo, circulamos, se agrandan nuestras manos y yo subo a tus ojos y las manos se aprietan para que ocurra todo: trae el agua tu boca, trae el tiempo, es una boca oscura y la boca transcurre buscándome lugares, siento tu boca ahí, avanzando hacia el centro, siento ahora tus manos resbalando hacia abajo y tiemblo y tengo miedo porque esos grandes viajes acaban en locura o en la muerte, toco tu cuello, amor, tibio cuello de príncipe, salvo ahora tu cuello del sueño y del olvido, llego lenta hacia ti, dejo que llegues, equivoco los límites de tu piel y la mía, ignoro quién respira, agrego mis dos manos en la hondura y no sé dónde estoy, dónde te has ido: hay territorios húmedos, hay ciudades nocturnas a las que llega el vaho como una lengua humeante, se descende, perdida se descende, se avanza por las grutas entre peces sonámbulos, es esta longitud bajo las ondas, esas torres ansiosas, esas

ansiosas brumas, ese frotar de telas dichosas y dolientes: me resisto, vencida, cercada me resisto, me trepo por el filo de las cúpulas, resbalo en la quietud, imagino la huida pero hay sólo la búsqueda, el acecho: todo vuelve hacia mí, nada queda más cerca que este cuerpo, que este sueño, toco ahora ese cuerpo, abro ahora los ojos y es otra vez lo que es, es alguien que pregunta por túneles espesos que han tomado la forma de tu forma, me arrinconó a esperarte, te pierdo, te recubro, te entrego mi corona de jacintos y estos tules, amor, que han herido los vientos, veo pasar los tules, me inclino en un crepúsculo con turbiedades de alga y con latidos de alga, toco tu pecho, amor, tu pecho con mis dientes, confundo los sabores, los empeños, nuestros cuerpos son barcos derivando por aguas subterráneas, por calles subterráneas en donde nadie vive, hay peces de ansiedad, peces hechos de un agua salobre y transparente, hay un agua salobre y hay un lago dormido en donde yazgo sola pronunciando tu nombre, hay árboles mojados que oyen pasar mi voz, hay esto, aquí, bruscamente tu cuerpo, la invasión de tus ojos, tus brazos, claro príncipe, el ataque: yo tenía trece años y ya todo era tuyo, avanzaba en el aire con sandalias azules, yo tenía cien años y mi cuerpo se abría debajo de tu cuerpo, agua abajo se abría, con su estela dejaba lentos círculos, transcurría, gimiendo se abrasaba y gimiendo, en lo dulce, se abría a tus urgencias, gimiendo se dejaba cubrir por tus cuidados, se abría y resistía, se llenaba de un agua lunar, perdidamente, caía en espirales, se dejaba morir bajo la lluvia.

¿Cómo te conocería,/ dueño
de mi corazón?/ por el
sombrero de conchas/ los
puñales y el ardor.

NÃO TEM SOLUÇÃO

Qué más podría pedir. He pasado de tu carta a los titulares del diario de la tarde, a la calamidad, digo, que es este antiguo mundo, y sé que diciéndolo me entrego a un sentimiento elemental, a la empecinada vacuidad de los lugares comunes, pero cuántas calamidades acontecen a diario en este mundo. Adentro, entre estas paredes que tienden a convertirse en los límites naturales del universo, no digo que se encuentre el paraíso, cómo podría decirlo, pero están al menos las cosas que son mías, esta familiaridad que a veces pierdo pero que tantas veces rescato, tu persistencia y lo que de vos se respira, la grande, en fin, la insuperable historia. Afuera es el acoso, ese mundo terrible estallando por cualquier lado y siempre, los corredores que me esperan y que nunca intentaré atravesar, y yo misma he tratado de mirarme, he tratado, me explico, de mirar todo —incluyéndome— desde esta delicada perspectiva; es difícil, se entiende, pero se llega a alcanzar una medida, algo como una valoración para esta existencia minúscula privilegiada por objetos que todavía le son fieles, y qué más podría pedirse, verdaderamente. Era tan hermosa tu carta, hermosas tus palabras abiertas sobre el mundo y también tus palabras más secretas. Te diré: me cuesta imaginarte entre la nieve; aquí los días son brillantes y límpidos; aquí el verano enciende, y hasta inflama, las hojas de los árboles.

Pero un deseo oscuro, convengamos, o alguna oscura culpa te ha hecho víctima de error; algo por lo que preferiste persuadirte de que tu carta podría lastimarme y de que por lo tanto tu demora en escribirla era un gesto del todo razonable. ¿De veras lo creíste? Lo razonable, ahora, es ignorar el tema; mejor, más productivo es que me quede imaginando esa honda sonrisa de tus ojos, la fruición de tus ojos ante espectáculos que yo misma he deseado para ellos; que imagine, en todo caso, su trabajosa gravedad inclinándose sobre trazos que los míos, tardos ojos, han debido a su tiempo atravesar. Escribiste: “es necesario comprender y asumir hasta el final que ya nada era posible”. Es cierto, lo escribiste, y se ve que sufrías o al menos te sentías prisionero. Yo digo que es necesario deponer inquietudes estorbosas, sentimientos inútiles. Que ahora que la distancia devora las imágenes se puede comprender que nuestra historia era una historia pequeña, un gesto entre borrosos laberintos. Que hay otras perspectivas y que en suma no todo es tan terrible.

Hay, cualquiera sabe, otras historias; pasajes que conducen a ese juego incesante de piezas quebradizas elaboradas como para llenar los espacios de diarios y de noticiosos, imágenes, palabras. Los titulares de hoy anunciaban —poco más, poco menos— lo de todos los días. Tienen esa devastadora semejanza que conduce a las cosas hasta los límites de lo irreal, a lo indoloro. Se lee y no se sabe: hoy, ayer, antes aun, en otro lado. Pero recuerdo un episodio en Biafra o en los alrededores de Saigón, en Biafra, tiene que haber sido en Biafra porque sus protagonistas eran negros. Un negro flaco-flaco avanzaba hacia el centro de la pantalla con las manos en alto y otro negro más compuesto cuya gesticulación no era del todo convincente empujaba al primero desde atrás con el cañón de su fusil hasta que ambos se ubicaban en el centro y empezaban a hablar. Era como si actuaran en el vacío, hubieses visto,

como si ambos luchadores hubieran decidido una tregua a la verdadera ferocidad y ahora estuvieran montando, con laborioso desapego, una escena para televidentes. El negro flaco se tocaba una rodilla y no se le veía pasión a sus gestos, qué le estaría diciendo, es que los negros pueden ser tan extraños y el mundo en general es tan extraño, tan inabordable.

Difícil, al presente, resulta decidir si nuestros esfuerzos han sido inútiles del todo, es posible que sí, digo que me siento preparada para reconocerlo, pero durante cuánto tiempo le dimos un orden a todo esto, al infinito, extraño mundo, y sería injusto no considerar que hasta habíamos descubierto —me explico: imaginado juntos— ciertos caminos por donde era posible transitarlo. Ahora yo no sé, es un juego en el que pierdo y pierdo y a la mejor tan sólo eso: un juego, una dudosa, obstinada representación sobre el vacío. Creo que los dos negros trataban de entender o mostrar algo así mientras hablaban, creo que vos también aprendiste lo mismo, algo así se percibe en el rumor de tus palabras, lo creo firmemente. Es como si hubieras destinado una parte de tu vida a llenar esta carta y estuvieras conforme o al menos resignado a tu elección. Procediste como procede el mundo, “si vieras aquí por las mañanas cuando el sol se levanta entre las nieves; sé que no dejarías de mirarlo porque es una hermosura que lastima los ojos”.

Allá ha salido el sol para que aquí yo lo imagine y el caso es que no puedo, soy muy torpe para esas sutilezas: nos quedamos los dos como los negros hablando a la distancia y por ello no me puedo quejar, todo es así y al menos existen tantas cosas que me son favorables. Los negros hablaron en la pantalla hasta que el del fusil se separó con cierta brusquedad y apareció un tercer hombre, negro también y que traía una soga que luego revelaría su asombrosa longitud. La soga parecía más bien uno de aquellos lazos que

los jinetes cuelgan, o solían colgar, de la montura del caballo; daba vueltas sobre sí completando varios círculos y el negro la mostró, la alzó levemente con su mano derecha como para que el público la apreciara mejor, creo que fue así, creo que incluso organizó un fugaz saludo. La mostró y de inmediato se entregó a la tarea de atar al prisionero, hubieras visto, se notaba enseguida que aquél era un oficio que el hombre conocía irrefutablemente, formaba anillos y los hacía girar y deslizarse alrededor del cuerpo con toda aplicación, la soga parecía interminable pero ambos aportaban su paciencia, enrolló y ajustó y acto seguido empujó el cuerpo y el cuerpo fue cayéndose, se cayó, terminó de caerse y desde aquel momento fue apenas un objeto. El hombre hizo un esfuerzo; lo hizo o lo fingió pero de todos modos fue un esfuerzo pequeño; y le dobló las piernas y siguió haciendo lazos y ahora el prisionero quedó con casi todo el cuerpo cubierto por las hierbas. El hombre, el que lo ataba, terminó un último nudo y se apartó, no mucho, se apartó unos centímetros y hubo entonces momentos de una inmovilidad perfecta, mirábamos, no sé si me imaginé entonces o me imagino ahora que el prisionero, allá en la oscuridad, la boca junto a la tierra, cambiaría su cara por la mía, trataba desesperadamente —desesperadamente ahora— de mirar hacia el cielo luchando desde la inmovilidad contra las ataduras y las hierbas para alcanzar una profundidad azul, una lejana transparencia, luchaba y se escucharon las descargas y el cuerpo se sacudió, recuerdo, como un fardo. Luego vino otro momento de quietud para dar tiempo a que uno imaginase los detalles ocultos y pudiese asimilar la escena entera. Yo, el prisionero, malherido quizás o quizás muerto, persistía con los ojos atentos y ahora mirar me era más fácil, en el cielo planeaban pájaros silenciosos, tal vez se me escurriera la sangre por la boca pero el interés

era ahora seguir con la mirada el vuelo silencioso de los pájaros, recordar la voz de Nana en la canción que esta tarde he escuchado otra vez, horas, que todavía escucho: *Não tem solução*. De ese modo me resultaba un verdadero alivio que ya nada tuviese solución, vos te agachabas a soplar la boca del fusil y sentías con fuerza el olor de la pólvora, no puedo recordar si me miraste aunque recuerdo que desviaste un instante la cabeza y que los pájaros se desplegaron y que cada pájaro era un pedazo de tu carta: se estaba ahí a la espera; una se podía quedar eternamente ahí y ya entregada a todo pero el negro de la sogá agarró de la punta y comenzó a tirar como arrastrando el fardo hacia un lugar ignoto, fuera ya de la escena, con comodidad, con desapego, con rápida eficacia, tal como seguramente debió de haber previsto al hacer el primer nudo.

Não tem solução. La voz de Nana ha sonado por la tarde, ha girado en el disco, ha sonado y sonado y le ha dado a los actos, a las cosas, un espesor de fondo, una desprendida facilidad para que se las aceptara así, rotundamente; lejanamente. Después de la lectura del diario y de la carta he empezado a moverme por la casa y lo he hecho sin orden, sin apremio, reconociéndola como quien está de regreso de algún viaje que habrá de suponerse más bien largo. Se hallaba todo en su puesto, mis posesiones, mis silenciosos lujos. Después de ese recreo me he exigido rigor y en consecuencia he entrado a la cocina a prepararme alguna cosa de comer, el plato más nutricio y a la vez más liviano que me fuera posible preparar, y he terminado en el baño vomitando, como siempre. En realidad no he vomitado mucho pero durante unos momentos he llegado a sentir que aquel sabor horrible, oscuro, agrio, jamás se borraría de mi boca. He dejado correr el agua en el lavabo, me he agachado a enjuagarme la boca, ciega y lenta, y desde que vimos *Hiroshima mon*

amour (desde entonces o quizá desde más adelante; hubo un tiempo en que todo era tan de otra manera, en el cine había antes que nada la tranquila seguridad de tu presencia compartiendo la respiración a mi lado, esa mano en algún sitio de mi cuerpo, cálida, impidiendo el desorden, segura, certificando las palabras que era fácil leer y comprender al comenzar la proyección de una película: la única realidad somos nosotros, lo demás —personajes, ardores y batallas— es pura coincidencia, fantasía) no puedo levantar la cara mojada ante el espejo sin recordar a la mujer del filme haciendo un gesto idéntico en el baño de su hotel. Próxima ya a abandonar esa ciudad que había atravesado durante algunos días, ella sufría del amor y del dolor y había comprendido para entonces que su ardor era inútil e inútil su batalla, que ahí en Hiroshima, ahí o en otra parte no había solución, que afuera entre los altos edificios el aire acarrearía para siempre el recuerdo espantoso del olor espantoso de la carne quemada, que el amor, acaso, existiría aún y aún esperaría por una en algún lado pero cómo encontrarlo, pero cuál era la forma, las palabras exactas del amor: nunca, nada. Ella tenía un gesto trabajado por los años, una madurez lentamente desarmada, había perseguido tantas cosas, había estado a punto tantas veces y ahora alzaba el rostro ante el espejo, mojada, ajada, miraba las distancias y casi enternecida repetía: “se cree saber pero jamás se sabe”. Decía aquellas cosas aunque tal vez se tratara de una frase demasiado abismal, de todos modos podía haber reconocido que ahí existía algo, un cese, la impresión nunca del todo inútil de haber tocado el fondo, el espejo, es verdad, devolvía la imagen del vacío pero el frescor me seguía corriendo por la cara y qué se podría haber deseado si afuera todo era tan confuso, tan salvaje, y adentro, al menos, tenía ante mis ojos esa sabiduría final, si verdaderamente.

«OFELIA DESVARÍA»

DE RAÚL DORRA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN AGOSTO DE 2012 EN
LOS TALLERES DE SERVICIO FOTOTIPOGRÁFICO S.A.

CERRO TRES MARÍAS No. 354,

COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 04200, MÉXICO, D.F.

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.